

ria helenística y de la patristica hoy perdidos; pero la abundancia en una línea no compensa, más bien al contrario, la carencia total de otras. Como si pusiéramos en un platillo de la balanza los descubrimientos de Qumran y en el otro las obras perdidas de Orígenes. El antioqueno era incapaz de plantearse siquiera cuestiones como la autenticidad o no de algunos escritos del corpus paulino. El intentar descubrir en el texto un don profético del Apóstol para predecir las herejías contemporáneas, le acarrea anacronismos hermenéuticos. Reconocemos que hay mucho por hacer en la integración de nuestra doble herencia: el múltiple legado exegético eclesiástico y la búsqueda crítica de comprensión en marcha desde el Renacimiento y la Ilustración. Trabajos como el que hemos presentado ayudarán en la tarea.

Ramón Trevijano

## 2) HISTORIA

García M. Colombás, *La Tradición Benedictina. Ensayo histórico*. Tomo I (Zamora: Edic. Monte Carmelo 1989) 431 pp.

De García M. Colombás conocemos ya otra obra sobre el *Monacato primitivo*, en dos volúmenes, publicados en Madrid, BAC, en 1974 y 1975. En la que ahora presentamos sigue, al parecer, la misma metodología. Trata en este primero de *Las raíces*; en el segundo esperamos nos dé a conocer otros aspectos de esta tradición benedictina.

Como él mismo nos antepone en el subtítulo, se trata de un ensayo histórico en el que se limita a exponer, con sencillez, claridad y honestidad, el fruto de sus lecturas y reflexiones sobre esta materia, ampliando y perfilando cuestiones ya tratadas en la obra citada anteriormente.

Después de hacer un largo «excursus» sobre lo que para él supone el concepto de Tradición (pp. 13-23), estructura su estudio en los siguientes apartados: el monacato (que no monaquismo) universal (cap. I), el monacato cristiano (cap. II), aspectos del monacato primitivo (cap. II), la tradición copta: los anacoretas (cap. IV), la tradición copta: los cenobitas (cap. V), la tradición oriental (cap. VI) y la tradición occidental (cap. VII). Partiendo del principio de que «la tradición constituye la historia interna del monacato», se adentra en el estudio de la «historia interna», entendida ésta como historia del pensamiento, de la espiritualidad, de las costumbres, de la vida de las comunidades y de los monjes y monjas que vivieron bajo la Regla de San Benito, sea cual fuere la orden o congregación a que pertenecen; y esto para conocer la tradición benedictina, lo mismo en el sentido de «depósito» como en el de «transmisión» con todas sus múltiples variaciones. Y todo ello a partir, al menos, del siglo IX (p. 20).

Para exponerlo se preocupa de buscar la esencia del monacato —el «misterio monástico»— desde sus raíces más antiguas: el monacato hindú, el jainista, budista, la ascesis y contemplación en la filosofía griega, los «Hijos de la alianza» de los esenios dentro del monacato judío, los «Heraldos del Reino de la luz» del monacato maniqueo. Termina esta visión histórico-descriptiva con unas consideraciones acerca del «homo monasticus», tan íntimamente ligado con el «homo religiosus». Una exposición ilustrada con oportunas referencias de textos, valora-

ción de opiniones de otros autores, bien resumida y suficientemente aclaratoria, que añade nuevos datos y amplía el campo de reflexión respecto a lo publicado ya en su primera obra.

En el capítulo II reencuentra otra vez los orígenes del monacato cristiano, haciendo lo mismo en el capítulo III al hablar del monacato primitivo, y señalando, entre otros aspectos fundamentales, los siguientes: especies de monjes, las monjas, sociología del monacato primitivo, monacato y cultura, monacato y sacerdocio, geografía del monacato occidental. Bajo la tradición copta (capítulos IV y V) trata de los anacoretas y cenobitas; y en el de la tradición oriental (cap. VI) nos describe el monacato sirio con sus variantes de stilitas, mesalinos, eusacianos, etc., y con nuevas y valiosas aportaciones acerca de la vida y espiritualidad de estos monjes orientales, incluidos también los dos de San Benito.

Los numerosos textos que se transcriben en recuadros a lo largo de toda la obra, además de la novedad que suponen, tienen gran valor documental y son altamente esclarecedores. Corresponden a la finalidad didáctica que entra en el propósito del autor: para «nuestros jóvenes, que son la esperanza del mañana» (p. 23).

El estudio acaba con el capítulo VII, dedicado a «La tradición occidental». En un amplio panorama se exponen los ideales y las realizaciones monásticas de San Jerónimo, San Martín, los del monasterio de Lérins, Casiano y San Agustín.

Puede extrañar que en este apartado no se haga referencia alguna ni al monacato hispano (sólo una pequeña alusión en p. 344), ni al inglés, ni al irlandés, que tanta relevancia tuvieron, así lo creemos, en la vivencia del monacato occidental. Comprendemos que se trata de una obra de exposición y no de análisis científico que llevara consigo la discusión y dilucidación de problemas que atañen precisamente al origen de la Regla benedictina. Por ejemplo, la influencia que en ella pudieran haber tenido otras Reglas anteriores, por ejemplo, las españolas. Al menos alguna referencia precisa y descriptiva de nuestros monjes y de los autores de Reglas monacales, como San Fructuoso, San Leandro, San Isidoro, etc., hubiera sido de interés, a no ser que quede esta materia para el segundo volumen.

No resta, sin embargo, al mérito de la obra. Es sistemática, con serias reflexiones de interpretación; didáctica y aleccionadora para quien se proponga seguir los caminos misteriosos de los monjes antes de San Benito.

F. Martín Hernández

G. Martelet, *Deux Mille Ans d'Eglise en Question*. Tomo III: *Du Schisme d'Occident à Vatican II*. Théologie du Sacerdoce (Paris: Cerf 1990) 329 pp.

Es el tercer volumen, que completa los dos anteriores del mismo título, dentro de la colección «Théologie du sacerdoce» y que no tanto se refiere a una nueva historia de la Iglesia, sino a la exposición a través de la misma de los problemas concernientes al ministerio, la jerarquía eclesial y el sacerdocio cristianos.

Es en este volumen donde tal vez quede mejor justificado su planteamiento, pues si en épocas anteriores se dieron también algunas crisis a este respecto, fue en este período que discurre desde el Gran Cisma hasta nuestros tiempos del Vaticano I, donde se fueron dando cada vez más acuciantes y preocupantes. Aprovechando los datos de la cronología histórica y siempre bajo el aspecto eclesiológico del ministerio y del sacerdocio sacramentales, es como se presentan los variados temas en el presente estudio. A veces con una señali-

zación estrictamente teológica, lo que hace que algunos capítulos, sobre todo el III y el V, queden más para especialistas en esta materia que para los que desearan buscar en la obra una sugerente exposición histórica. Por esta causa, de no tenerse en cuenta que ésta se incluye en una colección de teología del sacerdocio, el título con el que se presenta pudiera dar lugar a dudas respecto de su contenido.

Se inicia el proceso con el Cisma de Occidente, cuando se radicaliza una postura de pensamiento y de actitudes frente a la doctrina tradicional de la Iglesia acerca de la jerarquía, el ministerio y la sacramentalidad del sacerdocio católico, dando lugar a un escándalo espiritual de largo tiempo acumulado. El problema se recrudece al establecerse el compromiso de escoger entre la autoridad de la Iglesia y la autoridad de la Sagrada Escritura. Con Wyclif y Hus se originan las primeras y más fundamentales discrepancias. Un cierto escepticismo sobre los fundamentos tradicionalmente recibidos se abre en el pensamiento teológico, debido a las teorías occammistas. Se une el grito de reforma «in capite et in membris» que se extiende por toda la cristiandad. Los místicos alemanes, los seguidores de la Devoción Moderna, Erasmo, el evangelismo francés, el conciliarismo, se manifiestan como epígonos de una exigencia de renovación eclesial y de una visión nueva de la jerarquía católica, incluida la doctrina sobre el sacerdocio, que darán lugar, en cierta manera, al movimiento reformista de Lutero y de Calvino, cuyas doctrinas expone profundamente el autor, seguido de cerca los estudios de especialistas como Iserloh, Manns, Lortz o Congar. Así cierra la primera parte de su trabajo, poniendo en parangón estas doctrinas con las que más tarde se emitirán en el Concilio Vaticano II en lo tocante a la jerarquía, el sacerdocio, el ministerio y el ecumenismo.

En la segunda parte aborda la doctrina del Concilio de Trento sobre el sacerdocio y la herencia que sobre ella se vino manteniendo después. Son los temas de Escritura, Tradición, Eucaristía, apostolicidad del sacerdocio, sacramentalidad del sacrificio eucarístico, derecho divino de los obispos, jerarquía eclesiástica..., teniendo siempre en cuenta la doctrina de los opositores, especialmente Lutero. Lo trata en el capítulo V, espacioso y detallado (pp. 109-48), y estrictamente teológico, a nuestro parecer. En el VI se pone el problema de si puede seguirse hablando todavía de un mundo tridentino, o no. En el VII vuelve a hablarse de la herencia tridentina, ahora en relación con la escuela sacerdotal francesa del siglo XVIII. Es un tema bastante conocido y en el que no se mencionan otras escuelas afines, como la de San Carlos Borromeo en Italia, la de San Juan de Avila en España, o la de Bartolomé Holtzhauser en Alemania. Se continúa la materia en el siguiente capítulo «Sacerdocio y mundo eclesiástico como figuras de un tiempo»; y en el último de esta segunda parte se abordan ya las mutaciones de los tiempos modernos y, sobre todo para el sacerdocio, la necesidad de un «aggiornamento», aunque siempre bajo la perspectiva francesa, lo que impide que el autor tenga en cuenta situaciones que se han venido dando también en otros ambientes eclesiales.

En la tercera parte se habla ya de cosas de nuestros días. Su mismo título lo indica: «Ensayo de un 'aggiornamento' doctrinal sobre la naturaleza y el ejercicio del sacerdocio o del presbiterio ordenado». Con él termina la obra. Se desmarca de la historia para hacer reflexiones eclesiológicas, sacramentales, sobre el ministerio, la sucesión apostólica, la interpretación de la S. Escritura, el presbiterado, su origen apostólico, el ministerio sacerdotal, el perfil espiritual del sacerdote, su identidad como pastor, etc.

Acompañan a la obra sendos índices analítico y bíblico, y el onomástico de los tres volúmenes.

F. Martín Hernández

R. Lazcano González, *Fray Luis de León. Bibliografía* (Madrid: Edit. Revista Agustiniiana, 1990) 278 pp.

Siempre es de agradecer que en este año de 1991, cuando se cumple el IV Centenario de la muerte de Fray Luis de León (1527-1591) se nos pueda ofrecer el laborioso trabajo de rescatar del olvido y de publicar las ediciones de sus obras y los estudios que han tratado sobre la vida, la obra y la actividad intelectual del fraile poeta, biblista, teólogo, traductor filósofo y prosista del Renacimiento español.

La documentación bibliográfica reunida en este volumen se presenta en seis secciones bien señaladas: I. *Siglas y abreviaturas*, la cual reúne por orden alfabético unas 130 citaciones de archivos, colecciones, catálogos, inventarios y revistas. II. *Fuentes*. III. *Códices o manuscritos* (castellanos y latinos), en la que cada apartado se presenta por orden alfabético de ciudades, archivos y bibliotecas respectivamente. IV. *Ediciones y Traducciones*, donde la ordenación elegida es la cronológica, siguiendo el año de publicación de la primera edición o de acuerdo con la edición localizada, anotando también las reediciones y/o las reimpresiones; V. *Estudios*: 1. Generales; 2. Sobre la vida; 3 Interpretación y crítica; 4. Fuentes; 5. Lenguaje; 6. Crítica textual; 7. Poesía; 8. De los nombres de Cristo; 9. La perfecta casada; 10. Estudios bíblicos; 11. Otras obras. 12. Filosofía; 13. Teología; 14. Espiritualidad y mística; 15. Fray Luis y el descubrimiento de América; 16. Relación con otros autores (Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Garcilaso, Lope de Vega, Unamuno, etc.); 17 Influencia y difusión; 18. Centenario y homenajes. V. *Indices* (cronológico, onomástico y general).

La publicación que presentamos, con más de 1.500 entradas bibliográficas, reúne la información precisa y más completa de la obra luisiana, por lo que resulta imprescindible a quien desee acercarse a la figura del maestro salmantino.

El autor se ha servido, obviamente, de otras bibliografías anteriores, como las de A. Coster, Julián Zarco o José Simón; pero donde confiesa que ha encontrado una valiosísima información e innumerables pistas clarificadoras, ha sido en las notas a pie de página de cientos de artículos y obras dedicadas al estudio de Fray Luis. También se le ha hecho imprescindible la visita a bibliotecas y librerías para continuar la búsqueda y confrontación directa de la mayoría de las referencias bibliográficas.

Se ha cuidado igualmente de señalar los límites, dentro de los cuales se enmarca todo trabajo bibliográfico. Por ello excluye las producciones «menores», o sea, las publicaciones aparecidas en los medios de comunicación social (periódicos, revistas de información general seminarios, etc.), de las reseñas o críticas de ediciones de las obras de Fray Luis. Tiene en cuenta sólo las más representativas; reconoce que la sección de manuscritos necesita complementos y retoques, tarea que deja a la crítica especializada; es consciente de la posible ausencia de ediciones de las obras de Fray Luis, por lo que más de una referencia sobre el mismo puede que haya quedado olvidada, teniendo en cuenta la dispersión de los estudios luisianos y la variedad de revistas existentes.

Al elenco bibliográfico le acompañan significativas reproducciones de ediciones más antiguas, por ejemplo, la de la edición príncipe de *Los Nombres de Cristo* y de *La perfecta casada* (Salamanca 1533), de las *Obras propias* (Madrid 1961), etc.

Es una publicación, por tanto, de consulta necesaria para quien quiera adentrarse en el conocimiento y estudio del gran maestro agustino. Una ayuda eficaz para estudiosos e investigadores de la vida y de la obra luisianas.

F. Martín Hernández

Rodríguez, P. (ed.), *Catechismus Romanus seu Catechismus ex decreto Concilii Tridentini ad parochos Pii Quinti Pont. Max. iussu editus*. Editio critica (Città del Vaticano / Pamplona: Libreria Editrice Vaticana / Ediciones Universidad de Navarra 1989) LXXX-378 pp.

También en el campo científico se producen de vez en cuando «oblações de mayor estima y momento», por decirlo en expresión ignaciana en este año del V Centenario del nacimiento de San Ignacio. Esta es una de ellas, arreada con la perfección y pulcritud editorial de la Editora Vaticana, aunque elaborada en la Tipografía Poliglota de la Pontificia Universidad Gregoriana. Una obra magna, pacientemente lograda bajo la dirección del prof. Pedro Rodríguez, con la colaboración especial de los profesores A. Adeva, F. Domingo, R. Lanzetti y M. Merino, amén de otra larga lista de equipos o individuos nombrados en el apartado de agradecimientos. Los pódomos y justificación del trabajo eran conocidos por la obra de los ya citados P. Rodríguez y R. Lanzetti, *El Catecismo Romano: fuentes e historia del texto y de la redacción. Bases críticas para el estudio teológico del Catecismo del Concilio de Trento* (1556), editado por la Universidad de Navarra en su «Colección Teológica», n. 33 (Pamplona 1982). Las conclusiones de este libro en orden a la preparación de una edición crítica son asumidas con claridad y orden por Pedro Rodríguez en una densa introducción latina, cuya lengua no es erasmiana, contrasta con la bellísima del mismo Catecismo, y a veces *redolet hispanam linguam... et mentem*, con ser muy digna.

Sabido es que el Catecismo Tridentino ha sido editado centenares de veces a lo largo de cuatro siglos, y que poseemos la edición *princeps*, hecha por Manuzio. Registrar cientos de ediciones, anotar sus mínimas variaciones, adiciones, marginales que son meros epígrafes, organizar en familias esa selva de ediciones, denota un afán perfeccionista estimable, pero, a mi juicio, superfluo. Poseíamos el texto del catecismo con suficiente garantía, garantía muy superior, v.gr., a la del texto de la Vulgata canonizado por el propio Concilio de Trento. Otra significación tiene el hecho importantísimo del hallazgo del códice original del texto impreso, y ello en dos redacciones: una primera en borrador, con adiciones y correcciones, y otra en limpio. Aún del texto de ésta, que sirvió para la edición, al texto definitivamente editado, hay variantes, introducidas a última hora en el momento de corregir los pliegos. Si a ello se añade el descubrimiento de dictámenes de miembros de la Comisión que afectan al texto porque en parte son recogidos, no hay que ponderar cuánto tales fuentes ilustran las fases de redacción del texto de Catecismo tan difundido. El alcance de estos descubrimientos, verdaderamente valiosos, queda expuesto en la citada introducción, así como el modo y manera de incorporar tales logros a la edición.

En la soberbia edición lograda nos encontramos con cuatro partes: la primera nos ofrece el texto del Catecismo. Apoyándose en los manuscritos descubiertos y en las 3 ediciones inmediatas de Manuzio, se fija un texto de máximas garantías, acompañado en cada página de tres órdenes de anotaciones: variantes, verificación de fuentes bíblicas, patristicas y conciliares, y tradición de epígrafes marginales en las fundamentales familias del *textus receptus* a lo largo de los siglos.

En la segunda parte se nos ofrece el texto íntegro del manuscrito descubierto, anotando las variaciones del primitivo o borrador respecto al definitivo. Teniendo en cuenta que muchas de ellas son meras correcciones de estilo y doctrinalmente irrelevantes, estimo superflua la reproducción del texto entero, que en máxima parte coincide con el secularmente editado. Hubiera sido suficiente

señalar las variantes —y entre ellas solamente las relevantes, que son muchas menos— en un apéndice exclusivamente para eruditos.

La tercera parte ofrece los *dictamina*, hasta ahora desconocidos e inéditos, que ayudan a seguir la purga efectuada en el texto por los miembros de la comisión encargada de la última fase de la redacción. Es una documentación importante y que merece ser conocida.

Finalmente, en una cuarta parte se recoge importante documentación complementaria, en unos casos rigurosamente inédita, en otros perdida en obras eruditas antiguas o modernas de difícil acceso. Son en total 45 documentos, que interesan como información directa sobre los protagonistas de la edición de 1566, algunos de ellos hasta ahora desconocidos. Cierra la obra el Índice bíblico, el de autores, el de materias, el de ilustraciones —de exquisita calidad— y el general.

Años de esfuerzo y de denodado trabajo se ven coronados por esta edición, primorosa tipográficamente y valiosa desde el punto de vista científico. Los autores y su principal responsable, el prof. Pedro Rodríguez, se merecen cálida felicitación. Sin que para nada empañen la calidad de la obra, quiero añadir algunas consideraciones o parecer personal. En primer lugar, hubiese preferido la distribución del material del libro en dos tomos: uno en que se nos dé el texto del Catecismo separadamente por razones de autoridad intrínseca del mismo, no homologable con la del resto del libro; y otro en que se nos diese solamente las variaciones de los códices citados, los dictámenes y los documentos históricos. En segundo lugar, y dada la valía y significación de esta edición, debía decirsenos en la introducción a la misma algo más que lo referente a los planteamientos de su edición crítica. La obra de Bellinger, citada por el introductor (p. XIX) le hubiera proporcionado interesantes elementos de valoración teológica e histórica del Catecismo tridentino. Estimo insuficientes las páginas que dedica a la «*significatio historico-theologica*» (pp. XV-XXIX). En esta introducción, además, se nos da como clave interpretativa del orden o disposición de partes del Catecismo Tridentino, el hecho de unir la explicación del Símbolo con la de los sacramentos, y hasta se señala que tal disposición «*cordi erat S. Thomae*». Sería preciso situar tal hecho en la riquísima tradición catequética del siglo XVI —católica y protestante—, intentar explicar el por qué de la decisión de la comisión. Por lo demás, la justificación tomista de la disposición elegida, no responde a la que el propio Santo Tomás traza en la arquitectura de su *Summa Theologica*, donde los sacramentos aparecen en la última parte y como derivación de la Cristología.

En tercer lugar y tras el repaso minucioso de algunas páginas con su aparato de variantes, revolotea en la mente una cuestión, seguramente poco grata para cuantos han aportado tanto esfuerzo: ¿valía la pena? ¿Vale la pena consumir tanta atención y tantos años para registrar variantes insignificantes, de mero estilo: v.g., *ac* por *et*, *honore*, *gloria* por *honore et gloria*, *tan multis* por *plurimus*, la adición de un *etiam* o *quidem*? ¿O por anotar los epígrafes marginales de materias de las ediciones sucesivas? ¿No hubiera sido suficiente limitarse a las variantes de algún relieve doctrinal, que son infinitamente menos que todo el cúmulo de las registradas? ¿Logramos tras tanto esfuerzo un texto del Catecismo, no digo sustancial, sino medianamente distinto, del que ya poseíamos? «A lo hecho, pecho», dice un refrán castellano. Hecho está el trabajo perfecto y, en algún sentido reconocemos que «*contra facta*, non valent argumenta» y menos los argumentos sobre otras posibilidades menos exigentes, aunque suficientemente válidas. Felicitémonos, pues, de poseer una edición esmeradísima del Catecismo Tridentino, hermosísima obra catequética fruto de un Concilio, modelo para el difícil intento actual de un nuevo Catecismo universal. Y felicite-

mos generosamente a cuantos han hecho posible esta edición que acarician nuestros ojos y nuestras manos... y hasta, un poco, nuestro olfato.

J. I. Tellechea Idígoras

F. Díaz de Cerio, *Informes y noticias de los Nuncios en Viena, París y Lisboa sobre la España del siglo XIX (1814-1846)*. Tomo I: *Los Nuncios en Viena*. Tomo II: *Los Nuncios en Lisboa*. Tomo III: *Los Nuncios en París* (Roma: Publicac. del Inst. Español de Hist. Eclesiástica 1990) 256, 129 y 389 pp.

Es una nueva muestra de la investigación que sobre temas españoles lleva a cabo en los fondos del Archivo Vaticano el Prof. F. Díaz de Cerio, SJ, que se une a la que ya ha venido realizando en torno al siglo XIX.

Los tres volúmenes que presentamos recogen los informes y noticias que de temas tocantes a España obran en los despachos que mandan a Roma los Nuncios de Viena, Lisboa y París en los años que van desde 1814 a 1846, años cruciales del Trienio Liberal y de la primera guerra carlista, en los que por diversas razones no hubo representación diplomática de la Santa Sede en Madrid. La falta de noticias que naturalmente ocurre por estar cerrada nuestra Nunciatura, se suple por las que respecto a España van dando los Nuncios de Viena, París y Lisboa. Estas noticias no han sido aprovechadas hasta ahora por ninguno de nuestros historiadores y de aquí la importancia de la nueva documentación que se recoge en estos tres volúmenes.

Lo que sin duda ofrece mayor interés, junto a su novedad, es lo que concierne a la primera guerra carlista y esto hace que a través de los nuevos testimonios que aquí se dan a conocer, tengan que cambiarse bastante las opiniones que sobre ella solían tenerse. El argumento se centra, de manera especial, en la figura influyente del ministro Metternich. Al leer los despachos de los Nuncios de Viena y de París, vemos cómo, frente a Francia e Inglaterra, Metternich apoya la causa carlista, aunque no estuviera totalmente de acuerdo con ella. Aquí veía la defensa a ultranza del legitimismo monárquico, mientras que al rey francés Luis Felipe de Orléans no le interesaba el triunfo de Don Carlos, que habría animado a los legitimistas franceses, poniendo en peligro su trono. Igual se diga de los ingleses. Con todo, el rey francés quiere estar en buenas relaciones con Metternich. La correspondencia del embajador austriaco en Francia, el conde Appony, a la que tantas referencias se hacen en los despachos de la Nunciatura, ayuda a desvelar esta intriga diplomática. Pero la que se encuentra en medio es España, envuelta en una guerra que es a la vez dinástica, legitimista y revolucionaria. Metternich buscaba un diálogo diplomático y civilizado. El papa Gregorio XVI estaba de su lado y también trabajaba «por la buena causa de Don Carlos». Pero tanto uno como otro esfuerzo resultarán inútiles. Cualquiera que fuera el partido que saliera ganando, le llega a decir Metternich al Embajador de Francia en la Corte austríaca que jamás se interesaría en lo más mínimo, pues cualquier partido «é incapace ad operare salute per quella misera nazione» (t. I, p. 10). Sólo esta incidencia histórica, que tanto nos atañe, es sobrado argumento para valorar la importancia de la documentación que se ofrece en los tres volúmenes.

La edición de los textos —como lo indica el mismo Díaz de Cerio— no es, ni pretende serlo, una edición crítica; tarea que queda para los continuadores de la *Acta Nuntiaturae* de Viena, París y Lisboa. Se limita a transcribir literalmen-

te los textos en cuestión; y transcribirlos íntegros, de modo que puedan ser estudiados y citados con seguridad. En la edición se sigue el orden cronológico de los despachos, con nota de las bustas y de los fascículos en que están recogidos. En estos despachos, *Los Nuncios de Viena*, por ejemplo (t. I), intercala documentos de sumo interés y poco conocidos. Es el caso de una «Comunicación del Nuncio de Viena al Encargado de la Real Junta de España (1813)»; de una «Copia de la Exposición del general Cabrera al Papa y a las Cortes de Austria, Rusia, Prusia, Cerdeña y Nápoles (1839)», el «Cuadro de la armada realista española», o la «Nota de Zea Bermúdez al Internuncio en París»...

En el t. II, *Los Nuncios en Lisboa*, se sigue el mismo proceso. Aquí las noticias son de menos cuantía, por las razones que señala el autor en su Introducción. Sin embargo, conservan el interés por la semejanza que puede observarse, a través de los comunicados de la Nunciatura lisboeta, entre lo que acontece entonces en Portugal y en España: intervención inglesa, enfrentamientos entre absolutistas y liberales, constitucionales o revolucionarios, etc. Otros datos importantes de la historia interna portuguesa y de sus relaciones con España aparecen también en estos documentos.

Los que se recogen en el T. III, el de *Los Nuncios en París*, son, como era de esperar, mucho más amplios y ni que decir tiene que más novedosos e interesantes para la historia española, debido a las relaciones estrechas que existían entonces entre Francia y España. Ocurre primero durante el proceso constitucional español y después durante la guerra carlista, que, por cercanos, le preocupaban tanto a los franceses. El espectro de la revolución estaba amenazando a Europa y a nadie se le escapaba que los primeros gérmenes se podrían ir desarrollando ya en España. A la Santa Sede, privada de su representación diplomática en Madrid, le interesaba estar al tanto de lo que iba sucediendo y para ello se vale, principalmente, de su Nuncio en París. El interés de este tercer volumen se acrecienta, precisamente, por esta causa y no sólo por la cantidad de documentación que en él se recoge, sino por la calidad de la misma. Interesante es ir conociendo, a través de los despachos de la Nunciatura, la postura confusa y a veces contradictoria que iba mostrando la Corte de París en el caso de la guerra carlista. Igualmente, las apreciaciones y valoraciones que manifiesta el mismo Nuncio, por ejemplo, de hechos, instituciones y personajes españoles, como los fueros vascos, Zumalacárregui, Maroto, Espartero, la reina María Cristina, etc. El autor ha añadido unos Índices detalladísimos de materias, que constituyen un auténtico y manejable arsenal de documentación. Sólo bajo la voz «España» se agrupan no pocas páginas del mismo.

Es una obra, pues, de alabar y de agradecer. Enriquecedora aportación para quien quiera adentrarse en un conocimiento más profundo de la historia española del siglo XIX.

F. Martín Hernández

V.-T. Gómez García, OP, *El Cardenal Fr. Manuel García y Gil, OP. Obispo de Badajoz y Arzobispo de Zaragoza (1802-1881)* (Valencia: Publicaciones del Colegio Cardenal Xavierre de Zaragoza 1990) 996 pp.

La historia de la Iglesia en España en el siglo XIX está aún por escribir de un modo integral. Los avatares de una evolución política caracterizada por los cambios bruscos y reiterados, han determinado el esquema fundamental de la historia eclesiástica, sea privando a ésta de una visión orgánica y desde dentro, o sea desparramándola en las ya no infrecuentes monografías sobre figuras de aquel



siglo. Predominan los esquemas y periodizaciones sobre la aproximación a la realidad global, con sus luces y sombras.

En la obra que presentamos, sin perder su fundamental carácter biográfico, se sigue un método sumamente ilustrativo: el de repasar en ámbitos muy circunscritos, aunque variados, como forzosamente han de ser los de un hombre de la talla de García y Gil, la historia movimentada de España. El periodo en que le tocó vivir al dominico García y Gil (1802-1881), repartido fundamentalmente en los escenarios vitales de Galicia, Extremadura y Aragón, comprende en su arco tramos tan agitados de nuestra historia como son los de la francesada, la restauración absolutista con el intermedio del trienio liberal, la crítica mitad del siglo con el Concordato, la revolución del 68 y la restauración, con el aditamento de la «Cuestión romana» y el Concilio Vaticano I. No en todos ellos puede desplegar García y Gil el mismo grado de protagonismo; sí le tocó sobrellevar —y aún padecer— las consecuencias de todos. Un joven gallego, seminarista, sacerdote y profesor primero, luego dominico y profesor, exclaustrado más tarde, obispo de Badajoz, Arzobispo de Zaragoza, figura notable en el Vaticano I y finalmente Cardenal, obliga a dispersar la atención y a la difícilísima búsqueda de una documentación enormemente dispersa.

El autor ha colmado con creces estos dos escollos y nos ofrece un estudio de primera mano, elaborado sobre la consulta de unos cuarenta archivos: fundamentalmente los diocesanos y catedralicios de Lugo, Badajoz y Zaragoza, los de Madrid (Ministerios de Gracia y Justicia y de Asuntos Exteriores), los dominicanos de Salamanca, Valencia y Roma, y el Archivo Vaticano en sus fondos de Nunciatura, Secretaría de Estado, Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, Congregaciones Consistorial y del Concilio, más los fondos del Vaticano I. El elenco de escritos o documentos inéditos de García Gil (10 páginas), más el de los editados (pp. 61-88), seguidos de una exhaustiva bibliografía auxiliar (pp. 89-120), dan perfecta idea de la magnitud de la documentación utilizada.

El resultado ha de ser por fuerza satisfactorio y enriquecedor. Desborda ampliamente el marco de lo biográfico y nos adentra —en etapas sucesivas— en la historia religiosa de España de las tres regiones apuntadas y aún en los problemas de historia general. La monografía ilustra profusa y detalladamente la historia de la Orden dominicana y del Seminario de Lugo, en la primera etapa de su vida. Nos presenta a un Obispo de Badajoz, que visita la diócesis, atiende a su Seminario y Clero, lucha contra el cólera y se encuentra ante la primera batalla sobre la libertad de cultos. En su etapa madura y ya de arzobispo de Zaragoza, presenta una doble faceta: la de su tarea pastoral (Seminario, Clero, Ordenes Religiosas, Visita Pastoral, Cartas pastorales, Misiones populares, obras del Pilar, preocupación por las Congregaciones religiosas), y la de su actuación ante situaciones nacionales o supernacionales muy particulares: la problemática del sexenio revolucionario (1868-74), la «cuestión romana», la Encíclica *Quanta cura* con el Syllabus, o la importante participación en el Vaticano I, en su preparación y en el seno de la Comisión *De fide*.

La figura de García y Gil sale de estas páginas, perfectamente documentadas, auténticamente engrandecida: es una figura digna y hermosa en medio de un entorno histórico especialmente difícil. El esfuerzo extraordinario hecho por el autor creemos que se ha visto compensado por el resultado, que, lo reiteramos, desborda el marco biográfico para adentrarnos en muchos capítulos en panoramas más amplios de historia de la Iglesia en España. Mínima mota puede ser que entre las doce Congregaciones religiosas a las que llegó el celo del Cardenal García y Gil se haya olvidado el autor de la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana —zaragozana si las hay— sobre la que he editado ocho tomos de documentos —no el correspondiente a la intervención de García y Gil.

Fuera de los artículos monográficos de Diccionarios y Enciclopedias, son muy escasas las biografías sobre figuras episcopales del siglo XIX en la historiografía española. La escrita por el P. Gómez García ha de contarse entre las mejores y modélicas y puede dar la pauta para otras: no cabe mejor felicitación a su autor.

J. I. Tellechea Idígoras

T. Sobrino Chomón, *Episcopado Abulense. Siglo XIX* (Avila: Diputación Provincial - Instituto Gran Duque de Alba 1990) IV-384 pp.

La presente obra viene a completar la anterior del mismo autor, *Episcopado abulense, Siglos XVI-XVIII* (Avila 1983), ofreciéndonos el episcopologio de Avila en el siglo XIX: algo más que la biografía de sus obispos y algo menos que la historia de la diócesis. En realidad arranca con el episcopado de F.-X. Cabrera (1790-99) y concluye con el de Sancha y Hervás (1882-86), dando cuenta de once obispos que rigen la diócesis en noventa años. Puede observarse que bastantes de ellos la gobiernan durante dos a cinco años: nada menos que ocho. Los viejos usos del escalafón de la clasificación de diócesis (entrada, ascenso, término) condenaban a algunas a episcopados breves, sin posibilidad de arraigo y acción pastoral a largo plazo.

Falta en el libro una breve introducción en que se nos explique sobre qué documentación se construyen las biografías, aunque es sabido que tales posibilidades documentales aumentan en el siglo XIX. Mucha es de primera mano y procede de archivos vaticanos, diocesanos y hasta familiares. El autor incorpora a su relato cartas, relaciones de méritos y, por lo que toca a la actividad pastoral, algunos de los informes presentados en Roma con ocasión de la Visita *ad limina*, v.gr., los de Fray Fernando Blanco (1863 y 1872), D. Pedro José Sánchez-Carrascosa, el peregrino obispo «farmacéutico» (1878) y D. Ciriaco María Sancha y Hervás (1885). También incorpora alguna carta Pastoral, y piezas del epistolario del Obispo López Santisteban a Isabel II, al Ministro de Gracia y Justicia, al Metropolitano y al Nuncio Brunelli.

El libro está arquitecturado sobre las biografías de los once obispos mencionados: datos biográficos y gobierno de la diócesis, condicionado por las circunstancias cambiantes y no pocas veces agitadas del siglo. Los episcopados algo más largos de Adurriaga (1824-41) y Blanco y Lorenzo (1857-75) dan lugar a una más prolongada acción pastoral. Mas en episcopado breve o largo, cada uno presenta rasgos personales propios y, al filo de sus actividades o penalidades, asistimos a la historia de una diócesis.

Hubiera sido deseable un epílogo en que se sintetizase todo lo expuesto, perfilando las líneas generales de una época conflictiva y los logros o fracasos de mayor alcance de la actividad episcopal continuada. El autor ha cubierto cuatro siglos de historia diocesana de Avila y debiera rematar su esfuerzo con la exposición del episcopologio abulense medieval, aunque para él contara con mayores dificultades por carencia de una documentación de contenido histórico rico. Avila dispondría con ello de un episcopologio completo, y elaborado con las aportaciones de nuevas fuentes.

J. I. Tellechea Idígoras

A. Cardoso de Pinho, *Uma cristologia para identidade cristã na modernidade. O pensamento cristológico de Don Antonio Ferreira Gomes* (Salamanca: Universidad Pontificia 1989) 328 pp.

Es una Tesis doctoral, defendida en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca y que presenta el Dr. Adolfo González Montes, Profesor de la misma Facultad. Versa sobre el pensamiento cristológico del que fuera obispo de Oporto, Mons. Antonio Ferreira Gomes, hasta 1981; un gran defensor de los derechos humanos, pregonero de la denuncia profética, impulsor del apostolado en el mundo moderno, cuya influencia traspasa las fronteras de su país, por la labor de su magisterio episcopal y de teólogo comprometido en la nueva trayectoria del pueblo de Dios.

Mons. Ferreira, como apunta el prof. González Montes, se inscribe con méritos propios en esa lista de obispos que a través de la historia de la Iglesia han aunado en su persona y ministerio la *episkopé* y la *theologia*; siempre al servicio del Evangelio, no sólo por la vocación apostólica de servir al hombre que ha de ser salvado, sino igualmente, por la convicción de hacerlo desde la inteligencia de la fe que piden el tiempo y la cultura. Se constituye, pues, Mons. Ferreira Gomes en una de las figuras más representativas del Portugal contemporáneo, en momentos de especial dificultad y de adormecimiento general, sumando su voz a la de las personas y minorías que pugnan por la libertad, atenazada entonces por el autoritarismo.

El autor, Don Arnaldo Cardoso de Pinho, se ha fijado en una faceta de este singular prelado, que engloba una cosmovisión del hombre y de Dios en la vertiente de su pensamiento cristológico y de su idea de identidad cristiana en el mundo moderno. Lo ha hecho con estudio serio y profundo, agotando, hasta que le ha sido posible, todo el arsenal de ideas, sentimientos y valoraciones que pueden extraerse de los escritos variadísimos del obispo de Oporto. Une a ello el entorno de una bibliografía actualizada, que ayuda a la mejor comprensión del pensamiento de Mons. Ferreira.

El esquema metodológico que emplea en la obra es por sí mismo esclarecedor. Lo resume en las cuatro partes en que divide la obra: I. Problemática de la modernidad en la obra de Don António: descripción temática y valoración crítica. II. Una cristología para una subjetividad moderna. III. De la cristología a la identidad cristiana en la modernidad. IV. Valoración final y síntesis conclusiva. Precede una Introducción general en la que hace precisiones sobre el objeto y el método, la tradición, la cristología. En la primera parte desarrolla el pensamiento de Mons. Ferreira acerca de los derechos humanos, la libertad religiosa, la virtualidad del sano humanismo, valoración crítica del marxismo, la doctrina social de la Iglesia, los puntos de vista que presenta respecto a la modernidad..., bajo el punto de mira de la teología y de la exigencia de evangelización en el mundo de hoy.

Abre la segunda parte con un estudio de la cristología como respuesta de identidad eclesial y de relación humana: una exposición teológica que se incluye en la historia de la salvación, en la que trasparenta la idea que Mons. Ferreira nos ofrece de temas tan vitales como la libertad humana, el hecho del Hijo de Dios que redime, la teología de la Cruz..., con matizaciones acerca del Jesús de la teodicea y del Jesús de los Evangelios, sobre el Dios del deísmo y el Dios de Jesús de Nazaret, etc. Es una cristología que en Mons. Ferreira, como nos la presenta el autor, se pone siempre al servicio del mundo, para el diálogo con la cultura moderna, nacido del retorno a la subjetividad, típica de la Ilustración. Es

uno de los temas más vivos y apasionados del estudio que hace el autor del pensamiento cristológico del obispo de Oporto.

Dedica la tercera parte a seguir profundizando en el tema de la identidad cristiana en el entorno de la modernidad. Aparecen cuestiones acerca del ateísmo, las relaciones Iglesia-Mundo, las tensiones entre la ley y la gracia, el papel del cristiano en una sociedad civil y altamente politizada, lo que va desde la «deferencia» a la participación, género de responsabilidades, etc. Las valoraciones y las síntesis conclusivas se recogen en la cuarta y última parte. Concretamente, en cuanto al problema del hombre, interpretado por los sistemas de la cultura moderna; la solución dada por Jesucristo; el puesto que le corresponde a la cristología en los planteamientos modernos de la pedagogía y del diálogo.

Termina la obra con un apunte, dentro del pensamiento de Mons. Ferreira, sobre la auténtica experiencia de fe en Cristo como camino de identidad cristiana en la Modernidad.

El autor (pp. 15-20) recoge cronológicamente año por año, desde 1955 a 1988, los escritos de que ha podido disponer de Mons. Ferreira. Las cuatro partes en que divide la obra van precedidas de introducciones particulares así como de síntesis conclusivas. La bibliografía que utiliza, como ya se ha indicado, sirve de gran ayuda para el mejor conocimiento de la obra y pensamiento de Monseñor. Hemos de agradecer el esfuerzo y la metodología desarrollados, pues, siguiendo el pensamiento doctrinal de Don Antonio, podemos asomarnos a un problema y a una exigencia de vital importancia: el de la renovación cristiana del mundo de hoy, contando siempre con la dignidad humana, el valor de la gracia y los derechos ineludibles del hombre.

F. Martín Hernández